



Pequeño jurado

Creo que no soy una persona que se deja liar con demasiada facilidad, pero quizá me juzgo con excesiva benevolencia a mí mismo. Porque, si no soy un tipo al que cualquiera pueda liar con absoluta facilidad, ¿qué hago presidiendo un concurso de microrrelatos convocado por una asociación cultural? Y peor aún: ¿qué hago entregando los premios en el centro de una playa urbana humedecida por la cercanía de un chiringuito? Todavía más grave, pues si no soy un hombre fácil de liar ¿cómo es posible que esté leyendo en voz alta los relatos de dos de los concursantes premiados que –más difíciles de liar que yo– no han acudido a recoger las medallas doradas que les correspondían como premio?

La historia comienza cuando me llama alguien que me cae simpático; y además es mujer y escribe lo bastante poderosamente como para tenerla en consideración como autora en la humilde editorial donde también yo publico. Ese alguien simpático me habla de un concurso de microrrelatos, y que necesitan a un presidente del jurado. Y me da un nombre y un mail. ¿No podría ser un teléfono? Me da un teléfono. Soy yo quien llamo –ah, el gran hombre tan difícil de liar– para preguntar de qué se trata. Pues eso, de un concurso de relato súbito que convoca la Asociación Cultural los Pinos. Siempre resulta sospechoso que una asociación cultural quiera



Era fácil. Utilizamos la técnica del Goncourt, los puntos, para votar. Y el corazón para leer

contar contigo, pero ¿acaso pregunto yo cuánto van a pagarme? ¿cuál es el alcance –nacional o internacional– del concurso? ¿si compartiré mesa de jurado con estrellas de la radio, la literatura o el circo? Nada de eso. Me limito a decir, sin dudar e incluso (¡vergüenza debería de darme!), sonrío contento mientras lo digo: “Por supuesto, **Leonor**, cuenta conmigo”.

Y Leonor cuenta conmigo. Así que un jueves a las seis de la tarde me encuentro sentado en

una silla de plástico, rodeada por otras cuatro sillas de plástico, junto a la ventana –pero en la calle (precisemos)– del Centro Social Seco. Falta un miembro del jurado, que es profesor, se llama **Antonio**, y no ha venido. Llego agotado, arrepintiéndome de haber aceptado, porque últimamente vivo en mitad de la tormenta y soy yo solo quien continúa y constantemente me lío. Entonces las voy conociendo. Está Leonor, claro. La de “*Por supuesto, Leonor, cuenta conmigo*”. Pero también, ocupando las otras tres sillas de plástico que he acarreado yo mismo desde el sótano del Centro, está **Mariana**, una chica con pecas que lía con maestría cigarrillos (estamos en la calle, no es delito), y **Alicia**, y también **Elisa**. Todas me miran de un modo un poco zumbón, ¿será porque llevo una camisa de *Hackett* que compré en Portobello que me da aspecto de pijo? Pero me hace gracia que me miren de ese modo. Así que les devuelto una mirada con un brillo más o menos parecido. Me relajo por completo. Y en verdad puedo prometer y prometo, y en verdad puedo decir y lo digo, que jamás había sido parte de un jurado tan auténtico, honesto y sencillo. Utilizamos la técnica del Goncourt, los puntos, para votar. Y el corazón para leer. Era fácil, utilizar el corazón, rodeado de personas tan “personas”. ¡Viva el lío!

www.javierpuebla.com